

Decía con mucha razón ese hombre sabio que fue don Luis Muñoz Marín que "La esperanza es la fuerza de Dios en el corazón de los hombres". Hoy, nosotros nos hemos unido, precisamente, para multiplicar esa fuerza que es la esperanza; para compartir de corazón a corazón esa fe que nos hace fuertes en los momentos difíciles; para hermanarnos en el único deseo que tenemos los puertorriqueños ahora mismo: que el conflicto en el Golfo Pérsico termine lo antes posible y que esos familiares y amigos queridos que están en el Golfo, pronto se vean en casa con nosotros.

Desde que comenzó la guerra, constantemente he tenido en mente a los padres y las madres de nuestros soldados, a sus esposos y esposas, a sus hijos, a los hermanos que los han visto partir. He reflexionado sobre la manera de aliviar el sentimiento de angustia y de incertidumbre que causa la guerra y he rezado a Dios para que nos dé el entendimiento necesario para sobrellevar la carga.

Lo importante en estos momentos, lo esencial, es mantenernos unidos. Es mantenernos optimistas y con la moral en alto. Es vivir cada día con la fe, y la seguridad, de que Dios está con nosotros. Lo importante es que esa fortaleza de espíritu la compartamos todos como la gran familia que somos. Con nuestra fe vamos a mantener firmes y fuertes a nuestros familiares en el Golfo.

Para eso, por eso, estamos aquí. Para compartir nuestros sentimientos y brindarnos un respaldo mutuo. Para reafirmarnos y confirmar que, en esta hora de ansiedad y de tristeza, no estamos solos; ¡estamos unidos como una sola familia!

No es la primera vez que nuestro pueblo enfrenta la adversidad. Han sido muchas las ocasiones en que este pueblo se ha levantado sobre su dolor. Y yo sé que esta vez, como en las anteriores vamos a tener el espíritu positivo.

He dicho que hoy es día de apoyo, de solidaridad con las familias de nuestros soldados. Pero es además el comienzo de una estrecha unión

entre todos nosotros, cada cual aportando lo mejor de sí para mantenernos vivos en la fé y la convicción de un pronto regreso de nuestros muchachos.

Unamos nuestras manos como símbolo de esa solidaridad para que ellas hablen alto de lo que en verdad nos une:

Somos uno en solidaridad.

Somos uno en la fé.

Todos somos uno: La Noble Familia Puertorriqueña. Guardemos silencio por unos instantes, para que cada uno, de acuerdo a su fé, invoque al Dios inmortal e invisible, al Arquitecto del Universo, para que pronto los hijos de la patria regresen sanos y salvos al hogar Puertorriqueño.

Que Dios los bendiga.

* * * * *